

ARTIFICIOS LITERARIOS

NARRATIVA

Veinticuatro horas

Betzabé González Pérez

La cita para la prueba de sangre quedó agendada para el día 10 de agosto. Su hermana había dicho que debían salir lo más temprano posible, pero sin llamar la atención de sus padres. La excusa fue el ir a la ciudad a comprar el material de arte. Su hermana y ella se subieron al transporte público a las 6:30 am y llegaron a las 8:00 am a la clínica. En la fila había personas con muletas, con yesos en los brazos, con bebés que hipaban, y todo se complementaba con los puestos metálicos oxidados a orillas de la calle que vendían fruta picada, carnitas y jugos naturales. El ambiente era grasiento y pesado, sentía unos retortijones en el estómago, pero sabía que no era por el olor de los puestos mezclado con la alcantarilla que estaba a lado, sino por los nervios.

A las 9:40 am entró a la recepción, su hermana esperó afuera, pagó \$150 pesos por su prueba y la condujeron a un laboratorio pequeño. La enfermera le pidió su INE, le mostró la esterilidad de la aguja y del tubo de ensayo. Apretó su brazo con una liga, ella giró la cabeza, y no sintió más que un ligero piquete; cuando volteó su mirada al tubo, estaba completo de sangre.

—Sus resultados estarán listos a las 12:30 pm. En caso de que estén antes, le enviaremos un mensaje a su número telefónico. Si no, puede venir mañana.

—Gracias. Es todo, ¿verdad?

—Así es señorita, le devuelvo su INE.

—Permiso.

—Hasta luego.

Encontró a su hermana mirando el celular, lo guardó y propuso esperar hasta las 12:30 pm para no tener que bajar mañana, además sería mejor si supieran de una vez si estaba embarazada o no.

—Si sale negativo, te invito una hamburguesa, pero de esas deliciosas que están afuera del banco.

—Órale.

Hasta la 1:00 pm le dieron su resultado: positivo. Daniela le escribió para saber cómo se sentía y lo que necesitara se lo podría pedir.

—No puedo tenerlo.

—Busco las clínicas y me dices a dónde quieres ir.

Su hermana y ella continuaron su búsqueda. Compraron dos hamburguesas y veían las opciones que enviaba Daniela; algunas instalaciones parecían demasiado descuidadas, otras ni siquiera parecían clínicas.

—Creo que Jaz sabe de una clínica. Hace tiempo fue. ¿Te parece si le escribo para que me diga cuál es?

—Sí, por favor, hermana.

A las 3:00 pm, estaba respondiendo una encuesta a través de una llamada y dio una contraseña de seguridad.

—De acuerdo, señorita Luna. Su cita ha quedado agendada para el día 11 de agosto a las 9:40 am. Le vamos a enviar a su correo las indicaciones a seguir para el día de mañana.

—Le agradezco. Buen día.

—Que estés muy bien. Hasta pronto.

—Hermana, le diré a Daniela que ya agendé cita y que será mañana.

—De acuerdo.

Llegaron a su casa a las 6:00 pm. Su madre preguntó por la demora, pero dijeron que se habían encontrado a Vale y se les fue el tiempo en la charla. Además, había un chingo de gente y de milagro salieron antes de que cerraran. Ni ella, ni su hermana durmieron.

A las 5:00 am, se levantaron. Emma guardó en una mochila las cosas que podrían necesitar: papel, una toalla sanitaria, un sándwich, un jugo, una cobija, una almohada y unas sandalias.

—No quiero cambiarme, me quiero ir con mi pijama.

—Sí, está bien... Sólo lleva tu chamarra porque está haciendo demasiado frío. Dame tu INE.

—Toma, aquí también está el dinero, guárdamelo, por favor.

A hurtadillas salieron de la casa a las 5:40 am. Se dirigieron a la ciudad. Tomó una bocanada de aire y el gélido frío le secó la garganta y le agrietó los labios. Se puso el cubrebocas y siguió a su hermana, ella conocía la dirección que le había dado tanto Jaz como la chica que la atendió por llamada.

Al bajar del Metrobús, quería, por lo menos, una gota de agua. Doce horas de ayuno y sin consumir líquidos. Esas eran las indicaciones y tenía que seguirlas. Subieron unas escaleras metálicas y cruzaron al otro extremo de la avenida. A su celular, le había llegado un mensaje advirtiéndole que quizá habría grupos antiderechos, pero no tendría que preocuparse porque había personal de seguridad. Llegaron a unas grandes puertas de cristal. No había mucha gente.

El hombre uniformado le abrió la puerta y con total formalidad le preguntó.

—Buen día. El acceso es únicamente con cita previa. Me permitiría su cita y folio, por favor.

—Aquí están todos sus datos —respondió Emma al ver cómo su hermana se ponía pálida.

—Muchas gracias. Deme un minuto para corroborar en lista... Sí, aquí está: señorita Luna. Le devuelvo sus documentos, y solo le pediría su identificación, por favor.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias, señoritas. Su cita es a las 9:40 am y podrá entrar al vestíbulo diez minutos antes de la hora. Por cuestiones de pandemia, solo se le permite la entrada a usted y su acompañante tendrá que esperar afuera.

—Perfecto. Muchas gracias. —Respondió Luna, intentando dominarse.

El guardia asintió, cerró la puerta, y ambas chicas se sentaron en una de las escaleras. Se abrazaron. El tiempo pasó tan rápido que al escuchar su nombre y mirar el reloj de Emma, se levantó como autómatas y se dirigió a la entrada de la clínica. Emma iba detrás y al llegar a la puerta le entregó un bolso pequeño con todo lo necesario, la abrazó y la dejó avanzar al interior. Al llegar a la recepción, le solicitaron el pago de la intervención, le entregaron unos documentos que debía leer con cuidado y firmarlos para seguir con el proceso.

—Muy bien, señorita Luna. Me permite su cita, los documentos firmados de confidencialidad y responsiva, y su identificación, por favor.

—Claro.

—De acuerdo, acompáñeme, por favor. Vamos a subir estas escaleras. Pasará a ese baño del fondo, hará pipí, y la esperaré en este consultorio.

—Sí.

Luna entró al baño y no se había dado cuenta de que tenía muchas ganas de orinar. Se lavó las manos y se percató de que el baño estaba en un estado de limpieza y esterilización implacables. Salió y se dirigió al consultorio.

—Le haré un par de preguntas, previo al chequeo. Quiero recordarle que primero haremos el ultrasonido para corroborar que existe el embarazo. Posteriormente, y solo si decide continuar con el proceso, se realizará el AMEU. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Muy bien. ¿Cuántos días de retraso lleva?

—Dieciséis días.

—¿Cómo lo comprobó?

—Me hice una prueba de sangre. Aquí tiene.

—A ver... Sí, me permite quedármela para sacarle una copia y guardarla en su expediente.

—Sí.

—Continuemos. ¿Está usando algún método anticonceptivo?

—No.

—Número de parejas sexuales. Es para descartar infecciones de transmisión sexual. Es parte del protocolo; todo lo dicho aquí es estrictamente confidencial.

—Tres.

—¿Usó protección con todos?

—Sólo con dos.

—¿Es hipertensa, tiene diabetes o es alérgica a algún medicamento?

—No soy hipertensa, tampoco tengo diabetes, y no soy alérgica a ninguno.

—Bien... —terminó de escribir en su formulario, y le dio nuevas indicaciones—. Póngase la siguiente bata y acompáñeme a la parte de atrás, por favor.

La especialista era muy profesional, pero amable. Luna se dirigió a la parte de atrás y tomó la bata que ella le extendía.

—La dejaré unos minutos aquí. Se va a quitar únicamente pantalón y pantaletas. Regreso en un minuto.

Ella asintió y miró alrededor. Encontró que había unos muebles blancos con frascos de vidrio, recipientes con algodón, una camilla, una televisión, y un monitor. Comenzó a quitarse su pijama de estrellas de color rosa y grises, y sus calzones negros. Justo al terminar de ponerse la bata, la ginecóloga regresó y le pidió que se acostara en la cama.

—Vamos a hacer un ultrasonido para observar su útero. Le voy a pedir que se acerque lo máximo posible al final de la cama. Así, así, un poquito más. Exactamente, así. Ahora suba las piernas en estas plataformas, correcto. Cada que tome un material, lo abriré frente a usted para que vea que todos son materiales estériles. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Okey. Le muestro condón sellado. Lo voy a colocar en el transductor, el cual nos va a permitir observar el útero. Deshecho el empaque del condón. Le pondré gel en su abdomen, así que súbase el suéter. Correcto, está un poquito frío y eso nos va a permitir hacer el ultrasonido. Ahora, le muestro espéculo de metal. Lo que va a ocurrir a continuación es que voy a introducir el espéculo de metal, y quizá lastime un poquito.

—Ay, ay... No, perdón. Duele mucho.

—Calma, calma, señorita. Lo retiro y voy a introducir el de plástico, pero quiero mencionar que, si desea continuar con el procedimiento, abajo en el quirófano, la doctora va a utilizar durante todo el proceso el de metal.

—Sí... entiendo.

—Aquí pondremos el de plástico para que no sea tan incómodo —le sonrió.

Luna sintió un fuerte empujón, pero no tan doloroso como con el de metal.

—Sí, aquí está el embarazo. Tiene cinco semanas y seis días. Retiro espéculo. Limpio el gel. ¿Desea ver el embarazo?

—Sí.

—Está justo en esta zona de la izquierda —apuntó con su dedo y lo redondeó—. Es justo este pequeño punto que se ve. La dejaré para que se cambie y la espero enfrente.

Luna se cambió rápidamente, y le dio un último vistazo al monitor. Miedo, eso era lo que sentía por él.

—De acuerdo, señorita Luna. ¿Desea continuar con el procedimiento?

—Sí.

—Le voy a pedir que lea y firme el siguiente documento en donde se describe el procedimiento. Tendrá sangrado después del procedimiento, hoy se contará como el primer día de su menstruación. Podría llegar a presentar coágulos del tamaño de un limón, y es normal, a no ser que exceda la cantidad de cuatro toallas en un día. En ese caso, tendrá que acudir inmediatamente a clínica. Podría presentar fiebre el primer día, pero si excede los dos días, a clínica. Si presenta mareos, desmayos, náuseas, o muchos cólicos, aquí debe venir. Le voy a pedir que, en la parte de atrás del documento, escriba lo que recuerde de lo que acabo de explicar. Va a poner debajo su nombre completo, firma y fecha.

Luna hizo todo lo que le pidió y le devolvió el documento.

—Voy a guardar esto en su expediente y le entrego su prueba. Quiero mencionar que si el dolor, durante el procedimiento, es muy intenso, podemos cambiar a anestesia general, pero su acompañante debe efectuar el pago primero. Puede decidir no continuar con la intervención, pero si lo decide estando en el quirófano, se le cobraran costos extras. ¿Ha quedado todo claro? ¿Desea continuar?

—Lo haré.

—Acompáñeme, por aquí.

Bajaron las escaleras de madera y Luna miró por los ventanales para ver a Emma: la encontró llamando por teléfono. La ginecóloga la condujo detrás del vestíbulo. Le entregó una caja amarilla de plástico para colocar todas sus pertenencias. Le extendió una cápsula verde y un cono de agua. Una vez que Luna se la tragó, ella le dio una última más pequeña.

—Esta la colocará debajo de la lengua, y dejará que se disuelva. La primera es para evitar infecciones y esta es para los posibles cólicos. Le entrego una bata, y se quitará nuevamente pantalón y ropa interior.

Dicho eso, le pidió a Luna pasar nuevamente al baño. Ya no tenía nada de líquidos por expulsar. Guardó todas sus pertenencias en la caja amarilla, y salió con la bata puesta.

—Se sentará en esos sillones, y entrará al quirófano cuando la llamen por su nombre.

Llegó a la zona de unos sillones grandes de piel color negro; una de las enfermeras le dio una cojina azul muy suave y se la colocó en sus piernas una vez que Luna se acomodó. Sentía cómo el corazón martilleaba con mayor intensidad. Las luces a su alrededor eran cálidas, y la música de ambiente

era demasiado alegre para el sitio. No tardó en comprender que de un lado de la zona de espera estaban las chicas de anestesia local, y del otro extremo estaban las de anestesia completa. Luna eligió la local porque no le alcanzó para más. Eran las 10:50 am y escuchó a una mujer decir “No puedo, no puedo. ¿Qué estoy haciendo?”. La ignoró.

A las 11:00 am en punto escuchó claramente: Luna Uribe. Se levantó y dejó la cobija en el sillón; con paso cauteloso entró al quirófano. Todo estaba demasiado blanco, demasiado intacto, demasiado limpio... Le indicó la doctora que se acostara, y colocara sus caderas hasta el final. Una enfermera le colocó un aparato que prensó su dedo y escuchó un pitido acelerado.

—Mi nombre es Erika, y estaré asistiendo a la doctora el día de hoy. Ese sonido es tu corazón palpitando. Está algo agitado, así que vamos a respirar profundo tres veces. Durante todo el proceso estaremos haciendo un ultrasonido para corroborar que no queden residuos.

—Es correcto, ahora sí. Me presento, mi nombre es Mariana y seré tu médico cirujano. Quiero mencionar que podremos llegar a presentar, durante el procedimiento, cólicos. En una escala del uno al diez, entenderemos diez como un dolor insoportable y me detendré. Uno será para un cólico soportable. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

—De acuerdo, abriré frente a ti todo el material quirúrgico para que veas su esterilización. Vamos a iniciar, así que respiremos una última vez y voy a introducir el espéculo de metal.

Luna sintió un terrible dolor en su vagina; tomó unas cuerdas que había a los lados de la cama.

—Coloca tus manitas en estos tubos, cariño. Sujétate de ahí.

—Voy a dar tres piquetes en el cérvix. Por favor, no hay que movernos. Dos son para anestesia local y uno para prevenir infecciones.

Intentó comparar el dolor, pero ni siquiera un piquete de mosco, o una picadura de aguja se podía comparar con ese entumecimiento y ardor que sentía por dentro. Ese dolor era muy similar al que se producía al machucarse con una puerta, pero ahora era por tres.

—Introduzco espéculo —ya no lo sintió— e introduzco el aspirador.

Y Luna escuchó una especie de torniquete. Entonces, la enfermera comenzó a descubrir su abdomen y con el gel ya puesto, inicio el monitoreo.

—¿En qué escala del dolor nos encontramos?

—Cinco, en cinco...

—Bien. Estás haciéndolo muy bien —dijo Erika.

No habían pasado ni cinco minutos cuando se detuvo el sonido de los torniquetes y solo quedaba el sonido de su corazón.

—Hemos terminado. Voy a limpiarte, podrás levantarte y regresar a la zona de espera para observación.

—No olvidemos que debemos comer y tomar muchos líquidos —explicó la enfermera.

—Sí...

Ella trastabilló, logró ponerse de pie, y se sintió muy débil. Buscó de manera rápida unas gotas de sangre, alguna especie de tejido, o algo que supiera que estuvo alguna vez dentro de ella. Nada. Todo seguía intacto, como si nada hubiese ocurrido. Logró salir sin problemas y se sentó en el sillón que le asignaron.

—¿Desea un té, señorita? —Preguntó la enfermera.

—Por favor, sí. Estoy algo mareada.

—Es por el ayuno, no se preocupe. ¿De manzanilla está bien?

—Sí.

En el momento que le entregaron el vaso, tomó rápidamente. Eso, definitivamente, era lo más delicioso y tranquilizador que había tomado en más de doce horas. Sintió el calor en su pecho y sus dedos dejaron de temblar.

—¿Otro, señorita? —preguntó la enfermera con una sonrisa ligera al ver que lo tomó rápido.

—¿Se podría?

—Claro que sí.

Esperó 30 minutos. Eso fue más de lo que tardó el procedimiento. En cinco minutos dejó de cargar con el miedo y los nervios. Firmó otros documentos. Se cambió y le pidieron que se pusiera una toalla femenina. Sacó sus cosas del contenedor, y se dirigió al vestíbulo. El guardia le entregó su identificación, y le abrió las grandes puertas de vidrio. Suavemente, como si sintiera que con cada paso se le saldría algo, se acercó a Emma.

—¿Puedes caminar bien? ¿Cómo te sientes?

—Puedo caminar bien...

—Muy bien, vámonos. Paola me llamó y nos pidió un taxi, ya nos está esperando.

—Gracias, Emma. No olvides agradecerle también a Paola.

Betzabé González Pérez

Ciudad de México, 1999

Es licenciada en Letras Hispánicas. Se ha desempeñado como coordinadora en diferentes congresos y coloquios de su unidad académica. Ha sido publicada con artículos de corte académico y literario. En este último rubro destacan sus cuentos publicados en revistas académicas, independientes y de perspectiva feminista: “Témpano de hielo” (2021), “Fóvea” (2021), “Otoño” (2022), “Exánime” (2023). Actualmente se desempeña como correctora de estilo.